

¿ES RIESGOSO SER ADOLESCENTE?

Psic. Felipe de Jesús Gutiérrez Barajas

Profesor Titular "C" de Tiempo Completo

Escuela Nacional Colegio de Ciencias y Humanidades

Plantel Naucalpan

El hecho de ser adolescente en nuestra cultura actual pareciera que implica arriesgar casi la vida. Y no me refiero a que todos los chicos corran peligro por el simple hecho de ser adolescentes, sino porque en nuestro medio se les trata como si a otra especie pertenecieran y no a la nuestra, como si nuestra especie fuera definida por el mundo de los adultos y el resto de los seres humanos fueran marginales, no dignos de respeto y de ser tomados en cuenta con la misma seriedad que se les otorga a los mayores.

Mucho se ha estudiado y publicado acerca del comportamiento de los adolescentes desde que Stanley Hall (Dávila León, 2004) abriera este campo de investigación en la Psicología en los años finales del siglo XIX.

Desde entonces a la fecha, los avances en la metodología y en los resultados han sido prodigiosos, ya que cada día nos arrojan más luz sobre este fenómeno tan importante para la pedagogía y la didáctica, si de ser docentes de estos chicos se trata. Y vaya que es fundamental para los profesores del Colegio tener información fresca sobre el comportamiento, a veces tan errático de nuestros estudiantes, que no nos permite verlos como lo que realmente son: seres humanos en construcción.

Cuando se hicieron los primeros abordajes para el estudio de esta importante etapa del desarrollo humano, apenas se perfilaron métodos como el estudio de diarios de adolescentes. Pero hoy contamos con herramientas tecnológicas que nos permiten estudiar, en tiempo real y sin ser invasivos, lo que está pasando en el cerebro de los adolescentes con imágenes de alta resolución (*tomografía computarizada por emisión de fotón único, tomografía de emisión de positrones, resonancia magnética funcional*, entre otras) (González Compean, 2013).

En una sociedad como en la que vivimos, ser adolescente implica arriesgarse a muchas cosas con tal de alcanzar la vida adulta cabalmente. No todos lo logran y muchos sucumben ante los peligros de atravesar por esta etapa de la vida tan llena de vicisitudes y se quedan adolescentes toda su existencia, no importa que sus cuerpos sigan creciendo y envejeciendo. Es decir, seguirán indefinidos y en el limbo eternamente, con sus cuerpos de adulto, que más bien les sirven como un disfraz, pero con actitudes de contradicción, de indeterminación, sin forma precisa, sin un lugar en el mundo, manipulables y en extremo frustrados sin saber por qué.

Ser adolescente en esta cultura occidentalizada, es intentar atravesar el gran río turbulento que comienza aproximadamente en la orilla incierta de los 10 años de edad y termina más o menos en el extremo de los 20. Tal vez es exagerado hablar de un río turbulento para todos. Es mejor hacer la alegoría de un río muy variado, con estrechamientos en algunas riveras, con ensanchamientos en otras, con rápidos en algunos tramos, con remansos en

otros, con rocas filosas en algunas partes, con pedruscos suaves y de contornos redondeados en otras, con cascadas profundas y con corrientes en algunos lugares mansas en la superficie y turbulentas por debajo.

Casi siempre, cuando se cumplen 10 años de edad, se acerca el momento en que el chico y la chica tienen que lanzarse al río para intentar cruzarlo. Al menos eso es lo que se espera de ellos y ellas, y además que crucen hasta el otro lado, como si hacerlo se fuera a dar de manera natural, y la preparación para ello ya les viniera en los genes y lo único que tuvieran que hacer sería responder al llamado de la naturaleza para hacerlo. Como si lo pudieran realizar desde cualquier parte de la orilla del río, no importando que haya enfrente cualquier obstáculo.

En esta cultura se entiende muy vagamente lo que necesita el adolescente y se crean apoyos alternativos, inconexos, voluntariosos y por lo mismo, poco efectivos y casi nunca aprovechados por los jóvenes (Muss, 1993) porque no les inspiran confianza. Por un lado, los adultos los atacan, los reprimen, los ridiculizan, los humillan. Por el otro, les ofrecen programas de apoyo, campañas de ayuda, consejos y otros sustentos. ¿Por qué no confían los adolescentes en nuestros apoyos? ¿Hemos sido acaso muy poco congruentes con ellos y con ellas?

Este tipo de circunstancias les producen angustia, y esta a su vez, los orilla a buscar de nuevo en los tiempos perdidos de la infancia la seguridad que ahora más que nunca les hace falta. Esto constituye en esencia una regresión, pero en un estado distinto, es decir, no regresan al estado infantil propiamente dicho, pero sí a algunas de sus manifestaciones normales. En este caso, el adolescente retorna al **egocentrismo**, pero de una manera distinta porque ya cuenta con procesos cognitivos, corporales, hormonales y socioculturales diferentes a los del niño. Existen tres imágenes distorsionadas de la realidad, expresiones de su nuevo egocentrismo, que los adolescentes presentan: *a) la fábula de la invencibilidad; b) la fábula personal y c) la fábula de la audiencia imaginaria* (González, 2001).

La primera de ellas se refiere a lo que yo llamo *invulnerabilidad*, que en términos generales es lo mismo planteado por González. El adolescente se siente invencible en todos los aspectos de la vida. Nunca le pasará nada, ni física ni psicológicamente. Si tiene contacto con drogas, él o ella las pueden dejar en cualquier momento porque no son como los demás, que tal vez sean débiles. Ellos no. Ningún automóvil los atropellará y por eso los vemos en actitudes temerarias cruzando las calles o caminando por el arrollo vehicular. Sólo a los tontos les pasan los accidentes, y ellos o ellas ciertamente no lo son. Por eso conducen automóviles, motocicletas, patinetas o bicicletas a exceso de velocidad y sin ninguna precaución, y esto se incrementa si lo hacen en grupo. En el momento que ellos así lo decidan, escaparán de la muerte o de los accidentes porque tienen la fuerza y la agilidad para hacerlo. Sus fantasías van hasta pensar que en un terremoto o un incendio, ellos saldrán bien librados de los derrumbes o de los escombros y emergerán de entre las llamas, incólumes. A ellos nunca les pasará nada porque son invencibles e invulnerables. Un poco más adelante veremos las explicaciones neurológicas para estas conductas de riesgo (Crone, 2019).

En cuanto a la segunda fantasía, ellos o ellas se perciben a sí mismos como los mesías, destinados a la gloria y al reconocimiento por los grandes planes que tienen para resolver los enormes problemas de la humanidad, que a la vista de ellos, deben ser solucionados con propuestas magnificentes pero a la vez sencillas y que sólo ellos poseen. Por eso se embarcan en empresas políticas o sociales con tanta pasión, o se encierran en su mundo de ensueño, resolviendo los grandes enigmas de la humanidad desde la intimidad de sus cuartos, al vaivén de una música suave o estridente, dependiendo del estado de ánimo que en ese momento los abarque.

En considerando la tercera fantasía del egocentrismo adolescente, se sienten observados por todos, como si estuvieran representando una obra de teatro en donde ellos son los actores principales. Son obras dramáticas, románticas, de rebeldía, de suspenso, de aventuras, de terror. Son el centro de las miradas y por eso deben lucir sus mejores galas: se deben maquillar, perfumar, presentar una imagen que los haga sentir bien ante el mundo que los mira. Por eso se tatúan, usan *piercings*, se cortan el cabello de maneras llamativas o se lo pintan con colores imposibles; por eso las chicas se visten con escotes, minifaldas o con zapatos estrafalarios.

Aunque todo lo anterior pareciera anormal, resulta que en el fondo, para ser creíble por el mismo adolescente y por los demás, tiene una dosis de verdad que lo sustenta. Es cierto que los adolescentes son más fuertes, ágiles y elásticos, lo cual podría servirles para escapar de los peligros. También son el centro de la atención de los adultos por cuanto las preocupaciones que nos generan, nos hacen girar la cabeza de manera inevitable hacia ellos y además, esto se refuerza si llaman la atención con atuendos extraños o deslumbrantes. Pero asimismo es cierto que sí les suceden accidentes, que se fracturan, que se lesionan, que se enferman, que pueden morir, así como las soluciones que proponen para resolver los grandes problemas de la humanidad y de su escuela, son ingenuas y voluntariosas, y también que abandonan sus teatros personales pasado el tiempo, y que se vuelven uno más en la constelación social.

Recuerdo a un adolescente que un día llegó a mi clase con una pierna enyesada y apoyado en muletas. Al preguntarle qué le pasó, muy orgulloso me mostró un video que tenía guardado en su teléfono celular, y al momento en que me mostraba su acrobacia en una patineta, me dijo: "logré saltar desde un segundo piso en la patineta y gané la apuesta que hice con mis amigos". Claro que la apuesta ganada le salió muy cara, porque además de la fractura, tuvo que faltar a clases más de dos semanas.

Aunque ha recibido numerosas críticas porque sus detractores argumentan que no hay suficiente evidencia que respalde sus conclusiones, Elkind sostiene que muchos adolescentes pasan por contradicciones adicionales. A una de ellas le llama *Hipocresía adolescente* y a la otra le llama *Pseudoestupidez* (Rice, 1999).

En un mundo gobernado o tiranizado por adultos (como se quiera ver), el adolescente asume modelos que le permitan acercarse lo más pronto posible a la vida madura y, por desgracia, copia o asume una de las peores actitudes adultas, que es la hipocresía, pero aumentada por el egocentrismo del adolescente. Ser hipócrita es pensar de cierta manera, sentir otra cosa, decir algo diferente y actuar totalmente en contrario a todo lo anterior. Un

chico o chica son capaces de hacer un escándalo porque su hermano o hermana menor ha usado, sin su permiso, por ejemplo, su ropa interior. Pero no tienen el menor empacho en deslizarse clandestinamente al cuarto de sus padres y sustraer temporalmente un disco de música del papá para grabarlo. Las injusticias solamente se cometen contra ellos, ya que en su propia percepción, los adolescentes no comenten ninguna. Por el otro lado, a veces desconciertan mucho a los adultos por sus comportamientos fuera de lugar, ilógicos, con respuestas descabelladas y justificaciones rebuscadas y carentes de fundamento. Una ocasión increpé a un chico que estaba rayando una ventana de la escuela y su respuesta me dejó helado: "Si no quieren que rayemos ventanas, entonces ¿para qué ponen ventanas?". Cuando deben resolver un problema que resulta relativamente sencillo, eligen el camino más complicado, pero no porque sean estúpidos, sino porque precisamente no lo son, pero les falta mucha experiencia. Por eso parecen lo que *no* son, es decir, a los ojos de los adultos parecen tontos, pero están muy lejos de serlo.

Adicional a lo anterior, y en consonancia con el egocentrismo ya descrito, particularmente como una expresión de la fábula personal y la invulnerabilidad, no es extraño que los adolescentes sufran consecuencias funestas por ejercer su sexualidad genital con poca o nula responsabilidad. En general, aparte de sus efectos emocionales profundamente negativos, se pueden considerar tres consecuencias: *Embarazos no planeados; Infecciones por Transmisión Sexual (ITS) y Abortos.*

Mucho se ha insistido a los adolescentes que se protejan cuando van a tener relaciones sexogenitales para evitar estos problemas, sin embargo, parece que lo anterior no es suficiente, es como si, en muchas ocasiones, no hubiesen entendido nada de nuestras recomendaciones ¿A qué se debe que asuman tantos riesgos en esta etapa de sus vidas?

La respuesta es compleja, pero necesariamente tenemos que acudir a algunas de las explicaciones más importantes y generales, aunque no las únicas. Para comenzar, debemos hacer referencia al estado de madurez de sus sistemas nerviosos. Un factor que debemos considerar a la hora de entender el porqué los adolescentes deciden tener relaciones sexogenitales sin protección y otras conductas de mucho riesgo es porque la maduración del Sistema Nervioso Central, en particular del cerebro, no está completa. Si consideramos que la falta de madurez del cerebro es la responsable de las conductas de riesgo que asumen muchos adolescentes, entonces deberíamos encontrar mayores conductas de riesgo en los niños, dada su mayor inmadurez cerebral, pero no es el caso. Lo que debemos considerar es que, a diferencia de los niños, los cambios hormonales tan importantes y significativos en los adolescentes son los que, aunados a la falta de madurez de ciertas zonas del cerebro, son las causantes de esas conductas de riesgo. Pero debemos agregar el crecimiento del cuerpo, que lleva aparejado el incremento de la fuerza, de la energía, de la elasticidad y la resistencia (que en los niños son todavía muy incipientes) y otro factor de suma importancia: los cambios cognitivos, que para los niños son todavía inaccesibles, y que le permiten al adolescente abstraer, formar hipótesis y formalizar los pensamientos (pensar sobre sus propios pensamientos) y que ya fueron descritos ampliamente por Piaget (Rice, 1999). Las idealizaciones, las soluciones simples a problemas complejos, las fantasías, y otras formas de expresión de los adolescentes se pueden explicar por su falta de

experiencia, pero también por la inmadurez de sus regiones prefrontales del cerebro y por el exceso de hormonas comparado con etapas previas de la vida humana.

La relación entre conductas de riesgo-recompensas e inmadurez nerviosa resulta evidente. En este camino, se ha buscado en el cerebro de los adolescentes al responsable y: "Como apuntan muchos estudios recientes, el candidato a desempeñar ese papel que ha recibido un mayor apoyo empírico es el **circuito mesolímbico** relacionado con la motivación y la recompensa que experimenta cambios importantes en la adolescencia temprana como consecuencia de los incrementos hormonales asociados a la pubertad" (Oliva, 2007).

El circuito mesolímbico se encuentra en el interior del cerebro humano a un nivel muy profundo, pero se conecta hasta la corteza prefrontal (se le conoce también como la vía dopaminérgica) y está relacionado consistentemente con la asunción de conductas de riesgo, pero muy recompensantes en placer inmediato. Se hiperactiva en situaciones sociales y emocionales. La presencia de otros adolescentes hace que se potencie su funcionamiento y que se asuman conductas de riesgo a cambio de recompensas inmediatas, pero poco duraderas, y eso sí, poco racionales y poco o nada reflexionadas sobre sus consecuencias, positivas o negativas.

Entonces, si apareamos las dos explicaciones, podemos concluir que el adolescente es más propenso a desplegar conductas de riesgo, como las que estamos tratando, porque la relativa inmadurez de su circuito mesolímbico le impide anticipar consecuencias, positivas o negativas, de sus conductas, pero lo empuja a obtener recompensas muy placenteras e inmediatas. Con esta explicación podríamos caer en la tentación simplona de justificar este estado de cosas aduciendo que los adolescentes están condenados biológicamente a asumir conductas irresponsables, que no tienen remedio, hasta que lleguen a la vida adulta y terminen de madurar sus cerebros. Por eso, hay que tomar muy en serio la explicación de Rolando Díaz Lóving (Zozaya, 1997) en el sentido de la formación de hábitos, esto es, que *el adolescente es susceptible de aprender a protegerse en sus conductas de riesgo si se le apoya y se le orienta para que lo realice.*

Además de factores fisiológicos que los predisponen, existen otras causas que complementan este fenómeno, pero que hay que buscar en la familia, en la cultura, en el grupo de amigos y de amigas, en la escuela como institución y hasta en los maestros (Brito, 2004).

Sin embargo, y para no dejar corta la explicación fisiológica de las conductas de riesgo en los adolescentes, es menester, además de considerar el circuito mesolímbico en general, tomar en cuenta las estructuras nerviosas implicadas en él de manera particular. Pero no olvidemos el egocentrismo reactivado en la adolescencia y particularmente lo referente a la invulnerabilidad, y tampoco dejar de lado los factores de maduración nerviosa y la influencia de las hormonas.

Así pues, si piensan igual de bien que los adultos y reconocen el riesgo como ellos, **¿por qué arriesgan más?** En este aspecto, como en otros, el problema no está en lo que carecen en comparación con los adultos, sino en lo que tienen de sobra. No es que no reconozcan el peligro, sino que aprecian mucho más la recompensa. **En situaciones en las que el riesgo puede reportarles algo que desean, valoran**

el premio mucho más que los adultos. Tanto la fisiología como la teoría evolutiva ofrecen explicaciones para esa tendencia. **Fisiológicamente, la adolescencia se caracteriza por una sensibilidad máxima del cerebro a la dopamina,** un neurotransmisor que al parecer activa los circuitos de gratificación e interviene en el aprendizaje de pautas y la toma de decisiones. Esto contribuye a explicar la rapidez de aprendizaje de los jóvenes y su extraordinaria receptividad a la recompensa, así como sus reacciones intensas y a veces melodramáticas ante la victoria y la derrota (National Geographic España, 2017).

Aquí hay que tomar en cuenta tres estructuras nerviosas implicadas en estas conductas de riesgo y que forman parte del circuito mesolímbico: la corteza prefrontal, el *núcleo acumbens* y la amígdala.

La primera de ellas, es decir, la corteza prefrontal, es la dedicada a ejercer el *control ejecutivo* en nuestras conductas. Se encuentra asentada en la parte anterior del cerebro humano y es una región muy extensa, comparada con la misma estructura, pero en nuestros primos los chimpancés y bonobos, en quienes apenas representa el 17 por ciento de su masa encefálica, pero en nosotros los humanos se eleva hasta representar el 27 por ciento.

Para entender qué es el *control ejecutivo* y qué se procesa en esta parte tan importante del cerebro, pongamos un ejemplo sencillo. Alguien nos pasa un plato del guiso que más nos gusta, pero no reparamos en el hecho que esa persona lo acaba de sacar del horno y que lleva guantes protectores para no quemarse. Nos lo da en la mano justo cuando estamos volteando para recibirlo. Recordemos que es nuestro platillo favorito. Inmediatamente sentimos cómo se quema nuestra mano y nuestro reflejo es soltar inmediatamente el plato, pero no lo hacemos porque no lo queremos perder. Nos aguantamos el dolor hasta que podemos posar el plato de manera segura en la mesa. Esa es la forma en que actúa el *control ejecutivo* y funciona así porque las regiones más elevadas, y evolutivamente hablando, más recientes de nuestro cerebro, tienen el poder de regular los impulsos que se generan en regiones más profundas, pero más primitivas, como la amígdala y el *núcleo acumbens*. Y en este caso, regular significa retrasar, detener o hasta suprimir un impulso, dependiendo de cuál sea su origen. Pero no debemos olvidar que, durante la pubertad y la adolescencia, el cerebro está "en obras" y no ha terminado de madurar del todo, se está podando y reconstruyendo, reconfigurando y eliminando las conexiones que no son importantes y que se hicieron muchas de ellas durante la infancia.

En la adolescencia el cerebro **sigue perfeccionando sus capacidades** cognitivas, la memoria, el lenguaje, el aprendizaje complejo... aquellas habilidades que ya domina y sigue utilizando consolidarán los circuitos que las sustentan. Las dendritas y axones que los conforman formarán sinapsis (uniones de comunicación) más rápidas, más maduras, que para ello se rodearán de mielina, una vaina que acelera la comunicación. Las habilidades que no practique usarán menos los circuitos que las sustentan y se «desharán» las uniones sinápticas en una especie de **poda de lo superfluo**. (Esto explica donde fueron mis conocimientos de latín y mis clases de piano...) (Mas, 2016).

Pero ahora vayamos a la explicación complementaria que involucra al *núcleo acumbens*. Esta estructura nerviosa se encuentra situada en la parte profunda del cerebro que está relacionada con los impulsos. Esta región está directamente asociada a la obtención de

recompensas inmediatas y se activa intensamente cuando la promesa de obtenerlas es inminente, dando señales insistentes a la corteza prefrontal para que ejecute la conducta consumatoria para obtener el premio.

Pero también se encuentra implicada otra estructura nerviosa llamada *amígdala*, que cumple la función fundamental de activar las emociones más básicas, como el miedo, la sorpresa, la angustia, el afecto, el cariño, la excitación y la alegría. Cuando nos encontramos en circunstancias que nos hacen sentir cualesquiera de estas emociones o un conjunto de ellas, la *amígdala* se activa y excita a su vez al *núcleo acumbens* para que consiga evitar o conseguir una emoción desagradable o gratificante. Se están preparando la oxitocina y la dopamina para inundar el cerebro si se trata de emociones placenteras y recompensantes. Pero a veces interviene otro factor de fundamental importancia: el entorno social del adolescente. Si la conducta que está por realizarse es peligrosa o no, placentera o displacentera, está siendo azuzada por otros adolescentes, este baño de oxitocina y dopamina en el cerebro adolescente se potencia enormemente.

Una vez ya implicados los tres componentes y sus estados de desarrollo en el cerebro adolescente, debemos tener en cuenta que la maduración del cerebro sigue un trayecto de abajo hacia arriba y de atrás hacia adelante, es decir, en este caso, la región cerebral que más tarda en madurar y desarrollar sus funciones es la corteza prefrontal, que es en donde se asientan las funciones ejecutivas, la atención, la memoria episódica, la inteligencia y, un aspecto fundamental, la conducta social.

Luego entonces, es de entender por qué muchos y muchas adolescentes no controlan tan fácilmente sus impulsos y prefieren obtener recompensas inmediatas. Se debe, primordialmente, a que sus cortezas prefrontales no están totalmente maduras y sus controles ejecutivos no son tan eficientes. Tal vez por eso, las consecuencias de sus conductas no son evaluadas como lo harían los adultos, es decir, tomando en cuenta todos los factores implicados y sopesando las recompensas y los riesgos, para tomar la decisión más beneficiosa en ese momento y para el futuro.

Sin embargo, *hay que recalcarlo muy insistentemente*, todos estos aspectos se pueden reorientar, superar con mayor rapidez, capitalizar en experiencias positivas y servir a la madurez y desarrollo óptimo y deseable de los adolescentes a través de una *educación, dentro de la escuela y en el seno familiar*, que, en lugar de verlos como especie rara, digna de temor y francamente incomprensible, se fundamente en el apoyo, la confianza y la serenidad ante sus arrebatos. De no verlo y considerarlo de esta manera, *corremos el riesgo de asignar al adolescente una condición determinada por su biología y sin ninguna esperanza de modificación a través de la intervención de la educación*, situación verdaderamente contradictoria, porque pondría en entredicho nuestro papel como educadores al estarnos enfrentando a una realidad que no se podría modificar por estar sujeta a los cambios en los basamentos neurológicos, que llevan sus propios ritmos.

No obstante, debemos centrar nuestra atención precisamente en este periodo de la vida por cuanto representa el riesgo mayor de inestabilidad emocional, moral, económica, sexogenital, familiar y social.

Muchos adolescentes sin orientación sincera y cercana, cálida y genuina de parte de los adultos, son los que presentan mayores riesgos de que sus cuerpos sigan creciendo, pero sus personalidades se estanquen o retrocedan a estados pueriles que nunca los harán adultos cabales. La frustración es un lastre que se puede llevar por toda la vida, y no sólo eso, sino que se puede transmitir a las siguientes generaciones.

Trabajos citados

Crone, A. E. (2019). *El cerebro adolescente. Cambios en el aprendizaje, en la toma de decisiones y en las relaciones sociales*. Madrid: Narcea.

(4 de octubre de 2017). Obtenido de National Geographic España:

https://www.nationalgeographic.com.es/ciencia/grandes-reportajes/como-funciona-el-cerebro-adolescente_4955/5

Brito, A. (1 de Abril de 2004). *Sexualidad adolescente. Motivaciones, prácticas y riesgos*.

Recuperado el Junio de 2021, de Letra S:

<https://www.jornada.com.mx/2004/04/01/ls-sexualidad.html>

Dávila León, O. (2004). *ADOLESCENCIA Y JUVENTUD: DE LAS NOCIONES A LOS ABORDAJES*.

Recuperado el junio de 2021, de Última Década:

<https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362004000200004>

González Compean, F. J. (2013). *La imagenología cerebral en la exploración de la sinestesia*.

Obtenido de

http://reaxion.utleon.edu.mx/Art_Imagenologia_cerebral_en_la_exploracion_de_la_sinestesia.html

González, E. (2001). *Psicología del ciclo vital. Desarrollo de la adolescencia (de los 12 a los 16)*. Madrid: CCS.

Mas, M. J. (2016). *La adolescencia del cerebro*. Tarragona.

Muss. (1993). *Teorías de la adolescencia*. México: Paidós.

Oliva, A. (2007). Desarrollo cerebral y asunción de riesgos en la adolescencia. *Apuntes de Psicología*, 25(3), 9.

Rice, F. P. (1999). *Adolescencia, desarrollo, relaciones y cultura*. Madrid: Prentice-Hall.

Zozaya, M. (6 de Noviembre de 1997). *A tiempo amar y protegerse a tiempo. La prevención en los adolescentes*. Recuperado el junio de 2021, de La Jornada:

<https://www.jornada.com.mx/1997/11/09/ls-texto3.html>

11 de junio de 2021